

Review / Reseña

Blair, James J.A. *Salvaging Empire: Sovereignty, Natural Resources, and Environmental Science in the South Atlantic*. Ithaca y Londres: Cornell University Press, 2023. 296 pp.

Mara Dicenta

College of William & Mary

Comienzo esta reseña con el problema de nombrar las islas a las que James Blair nos acerca en su libro. Soy argentina, son las Malvinas; “las Malvinas son argentinas”. No obstante, me resisto a reproducir el impacto que este reclamo ha tenido, no solo en las islas, sino también en el territorio continental argentino. Las Malvinas-símbolo se proyectan a través de “mapas-logo” que contienen a las islas dentro del espacio nacional y miden la distancia desde Ushuaia, el Aconcagua, o las cataratas del Iguazú. En pueblos de cualquier latitud y tamaño, plazas y monumentos a los veteranos se erigen centrales como “monumentos-logo”. Estos mapas y plazas—conectadas al cuerpo de la nación argentina a través de carreteras-arterias—contribuyen a naturalizar desigualdades y violencias pues, no importa la diferencia territorial, las Malvinas-reclamo apelan a la constante renovación de un sentido nacional común y unificador. Como fantasma de un pasado herido, las Malvinas-espectro aparecen tanto en el Congreso de la Nación como en la evaluación de proyectos de infraestructuras, avalando visiones de futuro racializantes y neoextractivistas que justifican el sacrificio de algunos en nombre de una soberanía que, como señalaría Carlos Masotta (2010), resulta siempre incompleta. No

obstante, y evidentemente, tampoco Falkland Islands; no por complejizar el proyecto nacional argentino se va a asumir el poder colonial e imperial británico.

El fantasma Malvinas, que permaneció a través de la última dictadura cívico-militar argentina y de su democracia, fue acentuado durante la época kirchnerista y su énfasis en los mapas y la denominación de los isleños como “población implantada” (11). Tal fantasma, atrevo a sugerir, persigue también a James Blair quien omite Falkland Islands y Malvinas del título, centrado en “el Atlántico Sur”. De hecho, Blair nos cuenta en el libro cómo decidió declinar un par de trabajos de consultor para el gobierno de las islas, ya que aceptar implicaría ser vetado de investigar y viajar a Argentina.

Blair nos acerca a la vida cotidiana en y desde las Malvinas, interesado en comprender cómo estos colonos han forjado su identidad como “nativos” a través de prácticas de gobernanza ambiental (5). Con el respaldo de veinte meses de observación participante, análisis de archivos, y cien entrevistas, Blair sostiene que la construcción de “indigeneidad-colona” [*settler-indigeneity*] y de “raza isleña” no solo se ha materializado en el manejo de recursos naturales, sino que también ha rescatado [*salvaged*] al imperio británico de la amenaza de la descolonización y las demandas de Argentina (74). A nivel teórico, Blair busca contribuir a los estudios de historia atlántica reciente, a los de ruinas e imperialismo, así como a los estudios de colonialismo de colonos, proporcionando un análisis particular dentro de la teoría decolonial al argumentar que, a diferencia de otras colonias de colonos que se basan en la lógica de la eliminación del nativo, en las Malvinas se ha afirmado la ausencia de Pueblos Originarios, lo cual impediría reclamos fundamentados en la defensa de la tierra indígena.

Con un doctorado en antropología por la Universidad CUNY de Nueva York, James A. Blair es actualmente profesor asociado de antropología en la universidad Cal Poly Ponomá, California. Su investigación se centra en cuestiones de justicia ambiental, energía y extracción de recursos, abordando, entre otros, la minería de litio en Chile y California. Con numerosas publicaciones, ha recibido financiamiento de reconocidas instituciones estadounidenses como Wenner-Gren, SSRC y ACLS. Tuve el placer de conocer a Blair cuando me ayudó a revisar un texto sobre especies invasoras e identidad en Tierra del Fuego, y lo considero desde entonces un “amigo epistémico” (Morales-Magaña y Gonzalez-Duarte, 2023). Irónicamente, en una colaboración reciente con la antropóloga Cecilia Gerrard sobre infraestructuras, identidad y soberanía en Tierra del Fuego, nos encontramos

con que, en las conclusiones del dossier, nuestro artículo fue interpretado como un ejemplo de lo que Blair llama “indigeneidad colona”. Si bien existe una conversación en ambos trabajos, este concepto no concuerda con la realidad de Tierra del Fuego, donde los Pueblos Originarios existen y existieron a la llegada de colonos. Tal interpretación, pensamos nosotras, refleja quizá el poder de los conceptos producidos en Estados Unidos para enmarcar y teorizar aquellos que son periferalizados, enmascarando no solo la producción científica sino también la heterogeneidad sociopolítica de América del Sur.

El libro consta de una introducción y siete capítulos, organizados en tres secciones: Desposesión, Naufragio, y Supervivencia. Aprovechando el poder visual y sensorial de estos títulos, Blair nos sumerge en la historia de las Malvinas desde el asentamiento británico de 1833, destacando cómo la extracción de recursos en el Atlántico Sur ha mantenido al imperio a flote.¹

Desposesión

A pesar de la continuidad soberana británica, con las islas rescatando al imperio de procesos descolonizadores y del reclamo argentino, ésta no ha estado libre de resistencias. Blair cuestiona la narrativa profundamente arraigada de una colonización pacífica que, basada en la supuesta ausencia de Pueblos Originarios, se desmorona al considerar el rol que tuvo Patagonia en la formación de las Malvinas. El primer capítulo destaca las resistencias indígenas de los cientos de Yaganes de Tierra del Fuego que pasaron por las misiones de Keppel. Uno de ellos, O’rundel’lico, rechazó las condiciones laborales en la isla y optó por regresar a Tierra del Fuego. Más tarde, participó en el ataque indígena a un barco proveniente de Keppel en Wulaia en 1859, un suceso que, según Blair, ejemplifica un acto de “rescate inverso” o “decolonial” (45). Además, las sublevaciones de gauchos contra las condiciones de explotación, como la rebelión liderada por Gaucho Rivero en 1833, también cuestionarían la noción de una colonización libre de resistencias.

El segundo capítulo aborda la evolución de las relaciones de propiedad en las islas, transitando desde relaciones de servidumbre hacia un feudalismo de propietarios ausentes y, finalmente, hacia un modelo emprendedurista de quintas privadas. Mediante cercados y mejoramientos en tierras y ganadería, la propiedad

¹ Aunque el asentamiento británico permanente comenzó en 1833, éste fue precedido por el asentamiento francés, el período de control español (1774-1811) y una breve colonia de Buenos Aires (1820-1833).

privada ha fomentado la extracción de recursos funcionales a la soberanía británica, no sin resistencias. Por un lado, la presencia espectral de los gauchos simboliza tanto un pasado de barbarie a superar como las ideas de autosuficiencia y lucha contra la explotación que la figura del gaucho encarna. También representa la amenaza argentina pues, no por casualidad, la ley que prohíbe el ataque de barcos británicos en puertos de Buenos Aires desde 2012 se denomina Ley Gaucho Rivero en honor al líder de la rebelión que resultó en el asesinato de varios administradores de estancias. Por otro lado, la clase trabajadora logró en parte subvertir el poder monopólico de la Falkland Islands Company (FIC) con prácticas de intercambio y ayuda mutua que aún hoy perduran.

El tercer capítulo examina la complejidad de la dinámica racial y de clase en las islas, centrándose en las tensiones entre colonos e inmigrantes. Aunque las críticas hacia la llegada de más trabajadores datan del siglo diecinueve, es en el siglo veinte, tras la llegada de trabajadores de Argentina, Chile, Uruguay y Santa Elena, cuando surge la identidad *Kelper*. Esta identidad, afirmada como nativa, se contraponen a la inclusión de los inmigrantes y se vincula a una blancura separadora de América del Sur. Hoy, aunque la aceptación de la diversidad ha aumentado, la xenofobia persiste a través de discursos sobre miedo a la erosión de identidad que la llegada de inmigrantes por la industria petrolera pueda generar. En este contexto, el sistema de puntos que privilegia a los “nacidos localmente” en el acceso a la ciudadanía y limita los derechos de los trabajadores temporales y migrantes, refleja las tensiones que surgen de un reclamo de autodeterminación cuya identidad sigue fijada en el territorio británico. En este sentido, Blair conversa con lo que Ann Stoler denomina “grados de soberanía imperial” (89), refiriéndose a las escalas, excepciones, y ambigüedades que delimitan la ciudadanía en los imperios.

Naufragio

La sección “Naufragio” nos sumerge en la historia de la extracción de recursos en las islas, explorando la noción de “acumulación de rescate” propuesta por Anna Tsing para abordar cómo se crea valor en entornos degradados y caóticos en las ruinas del capitalismo. El cuarto capítulo explora cómo, a lo largo del tiempo, la economía de las islas ha evolucionado desde extorsiones y el aprovechamiento de

barcos naufragados hasta la gestión de licencias de pesca desde 1982² y la explotación de la industria petrolera marítima desde 1990. La autonomía económica de los isleños se sostiene tanto en la venta de cuotas y licencias de pesca como en la sobreexplotación de tropas pescaderas extranjeras sin derechos laborales. Por otro lado, el sueño petrolero, aunque promete autosuficiencia, genera ansiedades por la incertidumbre de los ciclos petroleros y los posibles cambios sociales, así como dependencia de inversiones extranjeras y complicidad en la degradación ambiental. Blair ofrece una perspectiva matizada sobre la teoría de la “maldición de recursos”, la cual sugiere que la riqueza de éstos puede limitar la democracia y generar dependencia. En las Malvinas, los isleños reclaman su propiedad exclusiva de la frontera oceánica en los márgenes del imperio, pero según Blair, en lugar de descolonización, los colonos parecen cambiar su derecho a la autoridad por el derecho a generar ingresos como motor de autonomía.

En el quinto capítulo, Blair explora el papel crucial de las infraestructuras en la creación de una frontera geopolítica. Sostiene que las infraestructuras petrocapiitalistas contribuyen a perpetuar una condición fronteriza permanente ya que, a pesar de los esfuerzos de los isleños por instaurar un sentido de permanencia a través de infraestructuras, estas resultan ser caóticas y temporales. Un ejemplo paradigmático es el muelle flotante temporal presente desde 1982, que se intentó reemplazar con el *Noble Frontier*, un puerto de agua profunda concebido como una estructura central para la identidad duradera del pueblo. Sin embargo, la importación del muelle desde México, sin un cálculo adecuado de la profundidad del agua, resultó en un muelle sumergido en exceso que generaba retrasos en las perforaciones. A pesar de la intención original del gobierno, las compañías petroleras finalmente obtuvieron permiso para un nuevo muelle flotante temporal.

Supervivencia

La última sección del libro examina el papel de la ciencia y la ecología en el respaldo de la soberanía y de la “indigeneidad colona”. En el sexto capítulo, Blair nos cuenta que alquiló una oficina cerca de los investigadores del SAERI (South Atlantic Environmental Research Institute). Financiado por el gobierno de las Malvinas y las compañías petroleras, este instituto enfrenta desafíos de transparencia

² Esto tras la Convención sobre el Derecho del Mar de las Naciones Unidas que, estableciendo zonas económicas exclusivas a 200 millas de la costa, generó un mercado de intermediarios.

al desempeñar roles duales como consultoría para la industria y entidad gubernamental evaluadora de sus propios informes de impacto. Para Blair, el instituto refuerza la soberanía imperial al vincular islas, datos e infraestructuras con el territorio británico. En relación con la ecología marina, las controversias destacadas en el libro evidencian cómo se objetiva el modelo de autonomía basado en la extracción de recursos. Un ejemplo de esto son los estudios sobre aves marinas como indicadores de impacto que, al centrarse exclusivamente en aves de alta mar, no sirven para evaluar las perforaciones en tierra. Asimismo, cuando un ingeniero británico alertó sobre los riesgos que sufrían los leones marinos, se generó una controversia que revela la fuerte influencia de la industria petrolera en la gobernanza ambiental: mientras las empresas dieron credibilidad a esta advertencia, los expertos locales cuestionaron los métodos del ingeniero. Según Blair, esta forma de afirmar autonomía a través de la extracción de recursos es un reflejo colonial que termina perjudicando el bien ambiental público.

El séptimo capítulo se enfoca en la teoría de la indigeneidad colonial, explorando cómo se afirma esta identidad a través del manejo de especies y los proyectos de restauración ambiental. Blair destaca que en las Malvinas, a diferencia de otros territorios, no está claro qué se considera nativo y colonizado. Aquí, los isleños han naturalizado el patrimonio británico a la vez que se han reinventado como nativos, algo simbolizado en el escudo con un barco y una oveja, esta última representando lo nativo a pesar de ser introducida. Ante esto, Blair señala que la aserción del pueblo se basa tanto en la afirmación británica como eufemismo de blanquitud como en la deshumanización Indígena, presente a través del recuerdo de ancestros que participaron en el genocidio Indígena en Tierra del Fuego como mercenarios. Así se explica que por un lado se niegue la existencia de nativos en las islas y, por otro, se privilegie la ascendencia local por encima de la europea para afirmar indigeneidad. Además, Blair observa un cambio desde la eliminación de “pestes nativas” para proteger el ganado (1833-1982) hasta la defensa contra “invasores exóticos” (1982-presente) procedentes tanto de Argentina como de Gran Bretaña. Esta lucha contra las exóticas, a la par que otros proyectos de restauración con especies nativas, fortalece la percepción del paisaje como territorio invadido a la vez que genera un sentido de indigeneidad, expresada en el reclamo de un “reclamar hogar dentro de un entorno nativo” (180).

Blair argumenta que, aunque los isleños continúan consintiendo la soberanía británica, “han comenzado a descolonizar el paisaje en el proceso de

definir la naturaleza de su entidad política” (180). A través de la gobernanza ambiental, los “colonos nativos” han construido una identidad blanca fundamentada en la noción de indigeneidad que, no obstante, se basa en lógicas coloniales de inclusión-exclusión, tanto humana como no humana. En conclusión, Blair argumenta que, aunque para el Reino Unido, los isleños son tanto indígenas como británicos, sus criterios para el estatus indígena siguen siendo dudosos, “ya que no son habitantes originarios confirmados ni soberanos tribales confinados” (188).

Indigeneidad colona, grados de soberanía imperial, y acumulación de rescate

A través de la historia de la extracción de recursos en las Malvinas, Blair proporciona una imagen vívida, aunque un tanto gris, de la vida cotidiana en las islas. Blair transmite la evolución de una identidad territorial arraigada en la explotación del Atlántico Sur, desde el aprovechamiento de barcos encallados hasta el desarrollo de economías pesqueras y petroleras, y que es atravesada por procesos de estratificación y racialización.

El argumento central del libro sugiere que las Islas Malvinas jugaron un papel crucial en el rescate de un Imperio Británico en crisis. Este argumento se asemeja a la realidad de otros territorios isleños y fronterizos, como Tierra del Fuego o Hawái. Sin embargo, Blair no se centra tanto en el poder británico a través o gracias a las Malvinas, sino que nos invita a considerar cómo esta dinámica se ha desarrollado desde las islas, especialmente en relación con una construcción de autonomía basada en derecho a la explotación de recursos y no en la independencia. Por ello, Blair sugiere que las Malvinas son un caso único tanto en la historia del colonialismo de colonos como en la teoría de la maldición de recursos, la cual plantea que éstos tienden a limitar la democracia en territorios postcoloniales. A la vez, algunas afirmaciones teóricas quedan algo escuetas, dejando la puerta abierta a futuras investigaciones.

Indigeneidad colona

El concepto de “indigeneidad colona” resulta sugerente para un proceso que Blair describe como de “etnogénesis incompleta” (130). Mientras las aspiraciones de permanencia se ven cuestionadas por infraestructuras que terminan siendo provisionales, la continua exploración de recursos demarca una frontera permanente. Los patrones de manejo de especies también reflejan esta identidad “de herencia colonial británica y con un estatus ‘nativo’ construido” (187). Desde la

eliminación de pestes nativas hasta la naturalización de las ovejas como símbolo británico y los programas actuales de reintroducción de semillas nativas y erradicación de especies exóticas, estas prácticas contribuyen a naturalizar el patrimonio británico y a redefinir a los isleños como nativos.

Aun así, el uso del concepto para sostener que las Malvinas representan un caso único en los estudios del colonialismo de colonos es, en mi opinión, el punto más débil del libro. Esta tesis se basa en la ausencia de Pueblos Originarios en las Malvinas durante su colonización, lo que lo diferenciaría de otros casos de colonialismo de colonos donde la eliminación del nativo es central. Sin embargo, este argumento parece contradictorio cuando el mismo Blair describe los intercambios con los Pueblos Originarios de Tierra del Fuego como constitutivos de las Malvinas. Además, la memoria de muchos isleños sobre la participación de sus ancestros en el genocidio indígena en Patagonia, también señalada por Blair, sugeriría una complejidad fronteriza más que una ausencia de la lógica de eliminación del nativo.

Además, creo que la aproximación a la noción de indigeneidad que sustenta el concepto podría haber sido más profunda y cuidadosa. A lo largo del texto, Blair sugiere que los isleños se han “reinventado a sí mismos como nativos”, empezando a “descolonizar el paisaje” a través de proyectos de restauración y eliminación de especies exóticas (180). También señala que, a diferencia de otros lugares, en las Malvinas no está claro qué constituye lo indígena y qué constituye el paisaje colonizado, pero ¿es esto algo evidente en otros lugares? Sin dialogar con académicos ni activistas indígenas, estas tesis simplifican la complejidad de los procesos de reemergencia y construcción de identidad. Blair reconoce esto al afirmar que “si aceptamos elementos de la autenticidad de los isleños como ‘personas locales’, sus criterios para el estatus indígena siguen siendo dudosos porque no son ni habitantes confirmados previamente ni soberanos tribales confinados” (188). Sin embargo, este cuestionamiento se fundamenta en una noción de indigeneidad reducida al encuentro colonial, limitada a fechas y confinamientos, sin explorar aspectos como las relaciones de conocimiento, parentesco, ancestralidad o moralidad, entre muchos otros.

Grados de soberanía imperial

El acceso a recursos y derechos en Malvinas refleja lo que Ann Stoler denomina “grados de soberanía imperial”. Lugares como las Malvinas o

Guantánamo, según sugiere Stoler (2006, 139), revelan que la producción de excepciones no son anomalías, sino la norma que sustenta a los imperios a través de criterios de inclusión y exclusión que trascienden la división gobernados/gobernantes en el espacio imperial. En este sentido, Blair investiga el sistema de puntos que para acceder a recursos, derechos y ciudadanía en las Malvinas, mostrando una matriz de inclusión-exclusión atravesada por factores de raza y clase, así como por la cercanía o lejanía a Gran Bretaña o Latinoamérica. Así, los colonos con más antigüedad disfrutaban de más privilegios que los recién llegados, revelando una identidad Kelper asociada a la blanquitud y en contraposición a los inmigrantes, pero también a los británicos o argentinos. En este punto, y considerando la influencia de la Patagonia en la formación de las Malvinas, sería enriquecedor explorar algunos trabajos de Patagonia y Tierra del Fuego (Vidal 1993; Masotta 2010; Hermida, Malizia, y Aert 2013; Horlent, Malizia, y Van Aert 2020; Gerrard 2021; Dicenta y Gerrard 2023). Estos autores abordan el carácter fronterizo de una región cuya soberanía es siempre “incompleta”, señalando procesos similares de atracción-aversión y exclusión-inclusión que alimentan tensiones entre trabajadores recién llegados y los denominados “Nacidos y Criados (NyC)” o “Venidos y Criados (VyC)”. Además, estos estudios analizan cómo los colonos se han identificado como primeros habitantes, teorizando la historia del pionerismo que, si bien ha contribuido al desplazamiento e invisibilización Indígena, no se equipara con ella.

Acumulación de rescate

En relación con lo anterior, la propuesta de Blair de entender la formación de las islas como rescate del imperio británico, atravesada por procesos raciales y que genera grados de soberanía imperial es también muy sugerente. Para ello conversa principalmente con Ann Stoler y Anna Tsing en cuestiones de ruina y generación de valor en los bordes del imperio. Resulta fascinante el estudio a través del panorama histórico de rescates, desde los colonos que aprovechaban los naufragios de exploradores para extorsionar y acumular recursos hasta la venta de licencias de pesca o las políticas de inversión para la exploración petrolera. Además, es interesante ver cómo el argumento de la riqueza de recursos en países postcoloniales suele ser una “maldición” que termina limitando sus democracias, no se da en las Malvinas. En estas islas, las aspiraciones de independencia están fuertemente ligadas al manejo de recursos, en una versión de autonomía que rescata

al imperio británico de la amenaza argentina. En este sentido, la aserción de soberanía presente en agendas científicas y diseño de políticas termina incentivando la extracción de recursos y degradando el bien ambiental común.

Una etnografía histórica de las políticas científicas, ambientales, y de infraestructura en los bordes del imperio

Metodológicamente, el libro se fundamenta en veinte meses de observación participante, consultas a archivos y más de cien entrevistas, comenzado su trabajo de campo en 2012. En su enfoque de etnografía histórica, el texto no incorpora diálogos etnográficos ni análisis discursivos de las conversaciones, sino que presenta viñetas que ilustran algunos de los argumentos y tensiones presentes en las islas. Por ejemplo, el segundo capítulo, que aborda la evolución de las relaciones de propiedad, se inicia con la descripción de una mujer encargada de catalogar sitios de patrimonio aún no reconocidos. Esta mujer se encuentra fascinada por los vestigios de los gauchos, cuya presencia espectral evoca las violencias asociadas a la historia de privatización y cercamiento de la tierra.

Es interesante señalar que Blair estuvo presente durante el referéndum de 2013. Dada la relevancia de este plebiscito, Blair publicó un artículo en *The Economist*, lo que posteriormente le facilitó la acreditación mediática para asistir y reportar reuniones relevantes de las Naciones Unidas. Además, esta acreditación le permitió entrevistar a algunos diplomáticos. Ante esto me encantaría poder conversar con Jay: ¿Influyó en algo este rol y de qué manera? ¿Se puede considerar a esta experiencia como una de antropología aplicada? ¿Qué diferencias, similitudes, complementariedades podemos pensar entre las formas de hacer, las temporalidades, y las responsabilidades éticas del reporte periodístico y las etnográficas? Sería interesante conocer cómo esta experiencia ha marcado las investigaciones actuales del autor.

En conclusión, este libro es una gran fuente de ideas y lo recomiendo encarecidamente para diversas áreas de estudio. Por un lado, ofrece una descripción densa y vívida de los procesos de ruina y acumulación de rescate en el Atlántico Sur, siendo de gran utilidad para estudiantes, doctorandos y académicos interesados en comprender la generación de valor en los bordes del imperio. Por otro lado, aunque las reflexiones sobre el colonialismo de pioneros podrían profundizarse más, arrojan luz sobre temas de soberanía y pertenencia en territorios (post)imperiales. Destaca especialmente la idea de que los isleños se afirman a través de la extracción

de recursos, sacrificando la independencia en favor de una autonomía económica que perpetua el dominio británico y degrada el medio ambiente en las islas. Estas reflexiones son relevantes en los estudios de gobernanza ambiental en la frontera, donde nociones de soberanía y autonomía influyen en la planificación de infraestructuras, agendas científicas, y políticas de acceso a recursos y derechos. En última instancia, este libro es de lectura esencial para cualquiera que se interese por las Malvinas y la continua lucha por su definición, marcada siempre por políticas raciales y de clase.

Referencias

- Dicenta, Mara, y Ana Cecilia Gerrard. 2023. "Ecotourism, Infrastructures, and the Drama of Sovereignty on a Border Island." *Journal of Latin American and Caribbean Anthropology* 00: 1-10.
- Gerrard, Ana Cecilia. 2021. "Colonialismo, Antropología y Reemergencias Indígenas En Tierra Del Fuego". *Revista Española de Antropología Americana* 51: 231-43.
- Hermida, Mariano, Mariano Malizia, y Peter Van Aert. 2013. "Migración en Tierra del Fuego (o la historia de una ida y una vuelta)". *Sociedad Fueguina* 2 (1): 5-12.
- Horlent, Laura, Mariano Malizia, y Peter Van Aert. 2020. "Tierra del Fuego: imaginarios sobre la extremidad en el sur de América Latina entre los siglos XVIII y XX". *Revista de La Red de Intercatedras de Historia de América Latina Contemporánea* 7 (12): 79-103.
- Masotta, Carlos. 2010. "Insularidad y fuga. Problemas de localización en la Tierra del Fuego". Tesis de Doctorado, FFyL-UBA.
- Stoler, Ann Laura. 2006. "On Degrees of Imperial Sovereignty." *Public Culture* 18 (1): 125-46.
- Vidal, Hernán J. 1993. "La calle donde tú vives. Paisaje urbano e identificación étnica en Ushuaia (Tierra del Fuego)". *Publicar* 2 (3): 119-3.